

aquel consejo que dice: «Quien quiere venir en pos de mí,..... tome su cruz y sígame.» No os desalentéis por esto: porque la cruz de Cristo más espanta de lejos, que de cerca: y tan grande es la bondad de nuestro Maestro y Señor, que él es el que echa sobre sus hombros la parte más pesada de su cruz. Con la gracia del Señor todo lo podréis, no os quepa duda, con gran consolacion vuestra y provecho de vuestra alma.»

Para que tales documentos y advertencias se grabasen profundamente en los ánimos de sus discípulos, y estos, conforme al espíritu de su vocacion, cobrasen aliento para emprender el camino de la virtud; lo primero que hacía era ponerlos en ejercicios, para que comenzasen su noviciado por este fundamental experimento: y á medida de la devocion ó necesidad de algunos, los alargaba á más de un mes, cuidando con gran diligencia que los hiciesen segun las prescripciones todas del Santo Fundador.

Durante este largo tiempo les hacía guardár absoluto retiro dentro de casa; no salían de su cámara sino para ir á la iglesia, á la mesa, ó por otra necesidad que ocurriese: estaban en su aposento dedicados á la meditacion, á la lectura, á los exámenes, segun se prescriben en las anotaciones, adiciones y reglas de los Ejercicios. Dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, los juntaba, con el fin de proponerles los puntos de la meditacion: explicábales con suma brevedad las materias que se hallan en el libro, dejando á cada cual que con su propio discurso las fuese desmenuzando hasta encender en su alma vigorosos afectos, que le moviesen á formar sólidas resoluciones y firmes propósitos, y pretendiendo que con tal ejercicio aprendiese la práctica de meditar.

Aunque sus palabras eran pocas, las decía con la fuerza de una tan profunda conviccion, que eran como rayos de luz que ilustraban el entendimiento, y dardos de fuego que atravesaban y enardecían el corazon. Veces hubo en que al proponer los puntos, aparecía con un rostro más que humano, y su vista causaba una especie de religioso pavor y asombro.

Exigiales con frecuencia menuda y detallada cuenta de todos sus interiores movimientos é ilustraciones. Para esto no solamente estaba todo el día á su disposicion, á fin de que fuesen á tratar con él sus cosas; sino que después de la comida y cena iba á conversar con ellos, ahora con uno, ahora con otro: enterábase del fruto que sacaban de cada ejercicio, y los pasaba á otra materia, ó les hacía repetir una ó más veces la misma, segun veía que estaba más ó menos penetrado de la verdad su entendimiento, y más ó menos resuelta su voluntad á apartarse del mal y á abrazar el bien que conocían.

Las meditaciones de la primera semana se las hacía repetir con mayor detenimiento que las de las siguientes; porque juzgaba de suma importancia, para sacar el fruto deseado en las otras tres semanas, el fundamento de la verdadera vida espiritual y apostólica, que se pone en la primera. Exhortábalos á que escribiesen con brevedad las ilustraciones recibidas del cielo en la meditacion, y los propósitos que conforme á ellas concebían: pues aseguraba que es de grande utilidad leer después de cuando en cuando estos apuntes para resucitar aquellas luces y conservar el fervor, si alguna vez viniese á entibiarse, y para avivarlo de nuevo y hacerlo permanente.

El continuo trato, que con él tenían, les aligeraba sobremana la pesadez de aquella larga experiencia acompañada de tanta soledad y apartamiento de todas las cosas y personas de este mundo: y se animaban tanto á proseguir en su tarea con fervor, contento y alegría, que aun terminado el mes, le rogaban que prolongase los días de ejercicios. Así lo escribe uno de los que bajo la direccion de tan santo maestro los hizo. «Con hacer los ejercicios en Colorno,» dice, «con todo el rigor del método de San Ignacio; era no obstante voz comun de todos, que bajo la direccion del P. Pignatelli gustosos pasarían toda la vida en ejercicios.»

Ocupados por tan largo tiempo en la consideracion de las cosas divinas, instruídos y con tanto esmero cultivados en el espíritu por el P. José, hallábanse al fin de los ejercicios aquellos

jóvenes completamente cambiados y transformados en otros hombres, ansiosos de su aprovechamiento espiritual, rebosando alegría y devoción, y fervorosos en la práctica y observancia de la disciplina religiosa. Y á esto dirigía el P. Pignatelli de un modo particular su espiritual magisterio, esto es, que las obras virtuosas de sus novicios naciesen de un impulso interior y de un ardiente deseo de ejercitarse en la mortificación de sus pasiones, con lo cual su espíritu revestía un carácter de permanencia y constancia tal, que aseguraba su duración, y no se reducía á sola apariencia y afectación exterior, sino que se fundaba en obras y en verdad.

Terminados los ejercicios, para plantear el noviciado en todo su fervor, ejercitaba á los novicios en empleos humildes, á fin de que adquiriesen la práctica del propio menosprecio. Cómo se hubiese en esto, lo refiere uno de los que fueron parte y testigo con las siguientes palabras: «Su modo de sugerir era hacer él primero todo aquello que deseaba imitasen los demás: y así era el primero á fregar los platos en la cocina los sábados, el primero á besar los pies en el refectorio, el primero á repartir la sopa y explicar la doctrina cristiana á los pobres, el primero á barrer la casa, á ir á la cárcel cargado con las ollas y á pordiosear de puerta en puerta con la alforja al hombro, escogiendo siempre para sí las calles más frecuentadas.» Así habla aquel testigo ocular. Las más de las veces no hacía sino ir delante con el ejemplo sin proferir palabra; otras añadía alguna breve amonestación para atraerlos á lo mismo que él hacía, y esto con mucha gracia y suavidad.

Disponía que junto á su cuarto se pusieran tantas escobas cuantos eran los novicios, y luego los llamaba y les decía: «Somos pobres, hijos míos, y no tenemos quien nos asee la casa:» dichas estas palabras, echaba mano á una escoba, y empezaba á barrer. Bastaba tal ejemplo para que enternecidos aquellos jóvenes se lanzasen á las escobas, tomase cada uno la suya y se pusiera á barrer: y por más que hiciesen para impedir que continuara en su ejercicio el santo maestro, nunca lo pudieron conseguir.

Otras veces los reunía en su aposento, al cual de antemano había hecho traer las alforjas; y recordándoles la regla que prescribe que se esté preparado para mendigar de puerta en puerta cuando la necesidad ó la obediencia lo exigiere, se echaba una de aquellas alforjas al hombro, y les decía: «Vamos á pedir limosna. No nos corramos de parecer lo que somos, pues somos pobres de Cristo. Pidamos limosna, no para nosotros, que gracias á Dios en la actualidad no la necesitamos; sino por amor de Dios y por los pobrecitos presos de la cárcel. Vosotros, como nuevos en la religión, no sabéis aún cómo se practica este ejercicio. Venid conmigo, y lo veréis.» Echaba á andar, y tras él iban los novicios rebosando de contento.

El pueblo de Colorno, edificado al ver aquella pléyade de jóvenes de finos modales, que descubrían su esmerada educación, realzada con una modestia angelical, capitaneados por el humilde P. Pignatelli, que no ignoraban pertenecía á una familia de Grandes de España y de la primera nobleza de Italia, les hacía abundante limosna; y mucho más el duque, á quien no pocas veces se presentó el Padre con las alforjas al hombro: así que recogían bastantes víveres para alimentar á los presos y buen número de prendas de ropa con que cubrirles su desnudez.

Llegados á la cárcel, distribuía á los novicios por las diversas prisiones; señalaba á cada cuál uno ó más presos para que los instruyese en la doctrina cristiana; y él entretanto oía las confesiones de los que se hallaban preparados para ella, ó instruía á los más rudos en un rincón del calabozo. Á sus tiempos rezaban en común ciertas oraciones, y entonaban cánticos piadosos, con que se desterraron las canciones profanas y soeces, con edificación de los que desde la calle las oían.

En las festividades más solemnes de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen les hacía recibir la sagrada comunión, para la cual los preparaba, ayudado de sus novicios, con tal esmero, que, como aseguran testigos de vista, al acercarse aquella pobre gente á comulgar, parecía en la compostura y devoción un coro de ángeles. Con estas y otras semejantes industrias se trocaron

aquellas prisiones en retiro de penitentes cristianos. No se oía en ellas ni una blasfemia, ni una palabra mal sonante, ni una conversacion escandalosa: no se veía sombra de riñas; todo era paz y union perfecta de voluntades.

No se contentaba el buen Padre con alimentar espiritual y aun corporalmente á los presos, sino que les procuraba toda comodidad compatible con su desgracia. Él de su bolsillo pagó unos entablados para poner encima de ellos los jergones en donde pudiesen descansar menos incómodamente. «Los diez entablados,» dice Rafael Melloni¹, «costaron 1200 liras antiguas de Parma, segun me dijo el carpintero que los fabricó.» Y no fue esto solo; sino que el Padre le quiso ayudar á montar los entablados, como se lo refirió el mismo carpintero al testigo que lo depone. Un tal Marcos Agresti, que por ciertas pendencias había sido encerrado en la cárcel, llamado como testigo al formarse el proceso, dijo grandes alabanzas de la caridad del P. Pignatelli².

La comida para los presos se guisaba en el noviciado, ya de lo recogido de puerta en puerta, ya de lo que de la comunidad se reservaba para emplearlo en tan santa obra de caridad. Era de ver el espectáculo de los domingos, cuando se llevaba la comida á los presos. Veíase al buen maestro á la cabeza de sus novicios con una olla en la mano ó un caldero al hombro atravesando la ciudad de Colorno, haciéndose calle por entre la turba, que á la hora de mediodía era numerosa al salir del sermón, y muchos se paraban como atónitos á mirar aquel nuevo género de tropa, y no podían contener las lágrimas de pura devocion. Ni dejaban de verterlas los novicios, que seguían arrastrados suave, pero eficazmente, como por una fuerza oculta que salía del corazon de su padre.

Un domingo de cuaresma, después que había pasado toda la mañana en el confesonario, al mediodía, hallándose fatigado y sin aliento y muerto de frio, se fue á la cocina, y «Ya que hoy,»

¹ *Process. Parm.*, fol. 535.

² *Ibid.*, fol. 392.

dijo, «no he podido ir al sermón, vamos á predicar con el ejemplo.» Dicho esto, ase de la olla, se la echa á cuestras, y sale con los demás á distribuir la comida á los presos.

De la misma industria usaba para enseñar á servir á los enfermos del hospital. Sin hablar palabra, se ponía á mullir las camas, á vaciar las escupideras, á limpiar los vasos inmundos, á barrer las salas y á hacer otros oficios semejantes, empezando siempre por lo más pesado y de más humillacion. Bastaba que sus novicios fijasen en él la vista, para sentirse revestidos de valor y esfuerzo, y triunfar de todo respeto humano y de la vana estimacion de sí mismos, al ver á un hombre de tan raras prendas de naturaleza y gracia tan mortificado y humilde. Aun los más recientes en el noviciado sentíanse tan movidos con el ejemplo de su maestro, que le importunaban para que los emplease en cosas viles de casa; y él las más de las veces se lo permitía, otras se lo negaba ó difería, para encender en ellos más eficaces deseos, haciéndoles entender que tal concesion era una gracia, que solo á los más fervorosos y alentados debía otorgarse.

Á uno concedió que fuese á fregar platos en la cocina la primera vez que se lo pidió: mientras estaba fregando, se le presentó el P. José, y complaciéndose en el gozo y contento con que el novicio se ocupaba en aquella obra, dijole con amable sonrisa aquel verso de Virgilio¹: «¡Bravo! héroe novel: así se gana el cielo:» y acercándose añadió: «Veo que sois aprendiz: mirad esto se hace así:» y tomando el mandil, se puso á fregar á su lado.

Á otros les decía: «Mucho falta por acabar: permitidme que os ayude, y terminaremos ántes.» Otras veces al verlos empleados en oficios semejantes, parábase á mirarlos, y lleno de júbilo exclamaba. «Bravo, bravo, hermanitos míos; así va bien: venceos á vosotros mismos, y dad gloria al Señor.»

Con tan suave y eficaz magisterio, aprovechaban de una manera asombrosa sus discípulos. De su escuela salieron aquellos

¹ *Macte, nova virtute puer: sic itur ad astra. Æneid.*, Lib. IX, v. 640.

celosos y fervientes operarios, que después tan gloriosas empresas acometieron y acabaron para gloria de Dios en toda Italia, en Rusia, en Grecia, en América, y adonde quiera que los envió la obediencia. El P. Nicolás Grassi, uno de los primeros novicios de Colorno, lo especifica con estas palabras: «De los novicios del Padre murieron unos víctimas de la caridad sirviendo á los enfermos, como el P. Antonio Soranzo; otros pasaron á las misiones de China, como el P. Antonio Grassi; el P. Domingo Venturi murió en la mision de Tina; otros han sustentado con honor las cátedras, como los PP. Ferrarini y Cavazza; y no se ha de pasar en silencio al P. Luis Fortis, maestro mío, que en todo estaba colgado de él.» Así lo consignó en el proceso romano.

Llevaban sus novicios un carácter particular impreso en su exterior y en todas sus obras, que por poco que uno reflexionase, los conocía y distinguía de sus compañeros. «Á mí siempre me ha parecido,» dice el P. José Boero, «percibir en los jesuitas formados ó dirigidos algun tiempo en la carrera religiosa por el P. Pignatelli un no sé qué, que se echa de ver desde luego, y los distingue de los demás. Descuella en ellos una virtud sólida, que hierve allá en lo interior del alma, é informa y dirige las acciones de la vida, sin mostrarse en exterioridades ni tener sombra de singularidad; y á más de esto una caridad ternísima, fuerte y universal.»

«Estas dotes las observé siempre tan uniformes en ellos, que por sí solas daban á conocer que allí había andado la mano del P. Pignatelli, así como de igual manera se concluye que fue un mismo sello el que se imprimió en la cera. Y no es singularmente mío este sentir, sino de muchos otros que como yo han tenido la dicha de tratar familiarmente con alguno de ellos.» Hasta aquí el P. Boero, cuyas palabras son un claro testimonio de la extraordinaria destreza del santo maestro en la formación religiosa de sus discípulos.

Era muy cuidadoso de alejar de los suyos cualquier peligro que pudiese amenazar, aun ligeramente, á la pureza. Al entrar en la casa de Colorno, advirtió que había una imagen de pincel

excelente, pero no muy modesta: mandóla quitar de allí, y no se sabe lo que hizo de ella: lo cierto es que no se la volvió á ver. «Prefería» dice el P. Nicolás Grassi¹, «las imágenes devotas á las de belleza artística: y así hizo desaparecer de la casa de Colorno una pintura religiosa de buen autor.» En el Padre tenían los novicios un ejemplar de modestia angelical; y con solo mirarle, se enamoraban de su honestidad. Cuando iba por las calles, llevaba siempre los ojos bajos, y las manos decentemente compuestas, ocultas bajo el manto y ocupadas de ordinario en pasar las cuentas del rosario. No visitaba á mujeres sino en caso de necesidad, y siempre con el compañero delante, y aun así despachaba todo lo más presto posible.

Uno de los testigos depone en los procesos lo siguiente acerca de su pureza: «En cuanto al voto de castidad depongo, que el Siervo de Dios en todas sus acciones, en todas sus palabras, y hasta en el más insignificante movimiento, era purísimo; y que no solamente no he notado en él la más ligera falta en esta materia, sino que siempre me ha parecido angelical su pureza. Realmente admiraban su gravedad, su gran retiro, su continente, su alejamiento de todo regalo terreno, y su guarda de los sentidos. Se veía en él claramente el uso continuo de todos los medios posibles para conservar intacta su pureza: la continua oración, la fuga del ocio, la mortificación de la carne, el ejercicio de profunda humildad, la privación de regalos los más honestos y necesarios..... Esta modestia, como he dicho, verdaderamente angelical, le conciliaba veneración y respeto de todos en todo lugar donde yo con él he vivido. En resumen he oído decir, y varias veces, á nuestros Padres que le conocieron y trataron largo tiempo, que conservó intacta la inocencia del bautismo².»

¹ *Process. Rom.*, fols. 576, 578.

² *Summar.*, núm. 16, pág. 228.